

## Significante y Significado de Europa en la Edad Media: de la diferencia a la identidad

### Significance and Meaning of Europe in the Middle Ages: from Difference to Identity

Jaume AURELL  
Universidad de Navarra  
saurell@unav.es  
<https://orcid.org/0000-0002-1683-0100>

Fecha de recepción: 06-12-2023  
Fecha de aceptación: 08-02-2024

#### RESUMEN

Este artículo se propone analizar el proceso de construcción del significante “Europa” y de su correlativo significado (concepto, idea), que genera una idea e identidad de Europa a lo largo de la Edad Media, desde la caída del Imperio Romano al Renacimiento. Se rastrean los modos de mencionar a “Europa” según las fuentes narrativas y especulativas del período. La primera parte del ensayo (“Fusión”) examina las improntas de la idea de Europa surgidas en la propia Edad Media, desde sus raíces en la Antigüedad (especialmente el reconocimiento de sus raíces en Jerusalén, Atenas y Roma) a la época de Constantino. La segunda parte (“Fractura”) analiza la doble ruptura que sufrió la idea originaria de Europa –que todavía no había sido articulada explícitamente– desde la división entre Roma y Constantinopla en el siglo IV hasta la expansión islámica en el siglo VIII. La tercera parte (“Unificación”) explora las primeras referencias explícitas al concepto de Europa, especialmente en el período carolingio, que transmiten una idea de “catolicidad” en contraposición del oriente ortodoxo y el sur islámico. La cuarta parte (“Especificación”) se centra en las referencias a “Europa” de cronistas, teólogos, geógrafos y literatos, entre el siglo X y el siglo XII. Finalmente, en la última parte (“Consolidación”) se detallan algunos testimonios de intelectuales y humanistas entre los siglos XIII y XV, en la época de la formación de un concepto que responde a una combinación de identidades geográficas, políticas y culturales, reconocibles ya para el europeo actual. La principal conclusión de este estudio es que un concepto que se había originado simplemente como “diferencia” con respecto a las otras dos grandes culturas y civilizaciones vecinas –la ortodoxia y el islam– termina adaptando un significado específico, más cercano al comúnmente compartido por los europeos en la actualidad.

**Palabras clave:** Europa, Concepto, Identidad, Bizancio, Islam

**Topónimos:** Europa

**Período:** Edad Media

**ABSTRACT**

This article aims to analyze the process of construction of the signifier “Europe” and its correlative meaning (concept, idea), which generates an idea and identity of Europe throughout the Middle Ages, from the fall of the Roman Empire to the Renaissance. It traces the modes of mentioning “Europe” in the narrative and speculative sources of the period. The first part of the essay (“Fusion”) examines the imprints of the idea of Europe that emerged in the Middle Ages, from its roots in Antiquity (especially the recognition of its foundations in Jerusalem, Athens and Rome) to the age of Constantine. The second part (“Fracture”) analyses the double rupture of the original idea of Europe from the division between Rome and Constantinople in the 4th century to the Islamic expansion in the 8th century. The third part (“Unification”) explores the first explicit references to the concept of Europe, especially in the Carolingian period, which conveys an idea of “catholicity” as opposed to the Orthodox East and the Islamic South. The fourth part (“Specification”) focuses on references to “Europe” by chroniclers, theologians, geographers, and writers between the tenth and twelfth centuries. Finally, the last part (“Consolidation”) details some testimonies of intellectuals and humanists between the 13th and 15th centuries, at the time of the formation of a concept that responds to a combination of geographical, political, and cultural identities, recognizable to the Europeans of today. The main conclusion of this study is that a concept that had originated simply as a “difference” concerning the two other great neighboring cultures and civilizations –Orthodoxy and Islam– ends up adopting a specific meaning, closer to that commonly shared by Europeans today.

**Keywords:** Europe, Concept, Identity, Byzantium, Islam

**Place names:** Europe

**Period:** Middle Ages

**1. INTRODUCCIÓN**

La palabra ‘Europa’ está asociada desde la Antigüedad a un personaje de la mitología griega. Europa, hija de Agénor y de Telefasa, hermana de Cadmo, una princesa fenicia, estaba jugando con sus compañeras en la playa cuando Zeus la observó y quedó cautivado por su belleza. Para poder seducirla, se transformó en un toro blanco y manso. Europa se confió, se subió a sus lomos, y Zeus atravesó el mar con ella, llevándola a la isla de Creta. Allí Europa dio a luz a Minos y a Sarpedón, con el cual regresó a Asia. Del nombre de esta mujer proviene el del continente.

Se trata de un mito, pero desde luego la ubicación de Creta delimita bien los orígenes mediterráneos de Europa. Este mito originario dio lugar a muchas versiones. Una de ellas cuenta que el rey Agenor, padre de Europa, al saber lo ocurrido, corrió a la orilla del mar gritando su nombre y mirando hacia Occidente. Quienes le observaban, viendo hacia dónde dirigía su mirada, terminaron llamando Europa a aquella tierra, allende el Mediterráneo, hacia Occidente.

Además de este mito, la Antigüedad nos legó también algunas evidencias cartográficas de Europa. En el siglo VI antes de Cristo, el geógrafo y astrónomo Anaximandro, uno de los discípulos de Tales de Mileto, dibujó un mapa del mundo conocido, que no hemos conservado. Heródoto, en su detallada descripción del mapa, se refiere a dos territorios, Europa y Asia (que incluía el norte de África), alrededor del Mediterráneo. Cuatro siglos después, Eratóstenes elaboró un mapa del mundo conocido, ya dividido en tres continentes: Europa, Asia y Libia (África), que la tradición medieval posterior asociaría a la respectiva procedencia de cada uno de los tres Reyes Magos.

Es natural que los medievalistas hayan sido quienes se han interesado más por el origen y primera consolidación de la idea de Europa, puesto que en este período se fundó su nacimiento como civilización compartida. Uno de los pioneros fue el historiador británico

Christopher Dawson, que hizo hincapié explícitamente en la noción de Europa como unidad cultural significativa con efectos duraderos e identificó el Imperio carolingio como el núcleo de lo que denominó la esencia de Europa. Su obra *Understanding Europe* ha alimentado la erudición e imaginación de miles de lectores<sup>1</sup>. También cabe destacar las reflexiones de Robert Barlett sobre la formación de Europa, de las que he rescatado, sobre todo, las que hacen referencia a la progresiva homogeneización europea en el período bajomedieval<sup>2</sup>.

El último gran historiador que ha reflexionado monográficamente sobre la idea de Europa ha sido el también británico Tony Judt. Su extraordinario ensayo *Posguerra: La historia de Europa desde 1945*, que él consideró más una misión que un proyecto únicamente intelectual, lo escribió en unas condiciones durísimas, sobreponiéndose, día tras día, a una dura enfermedad terminal. Su muerte coincidió prácticamente con la finalización de su libro. Después de casi mil páginas, en las que consiguió hacer compatible un tono casi enciclopédico con el ritmo de un thriller, Judt concluye su obra apelando a la responsabilidad de los europeos:

El siglo XX –el de Estados Unidos– experimentó la caída de Europa en el abismo. El proceso de recuperación del viejo continente fue lento e incierto. En cierto sentido, nunca acabaría de completarse. Estados Unidos gozaría del mayor ejército y China fabricaría más bienes y más baratos. Pero ni Estados Unidos ni China tienen a su disposición un modelo útil susceptible de emulación universal. A pesar de los horrores de su pasado reciente –y en gran medida a causa de ellos– ahora son los ‘europeos’ los mejor situados para ofrecer al mundo ciertos modestos consejos sobre cómo evitar la repetición de sus propios errores. Pocos lo habrían predicho hace sesenta años, pero el siglo XXI todavía puede pertenecer a Europa<sup>3</sup>.

Entre Dawson y Judt, muchos historiadores se han preguntado por la idea de Europa, pero quizás no tantos han indagado sobre el concepto de “Europa” tal como aparece en las fuentes, sobre todo las cronísticas<sup>4</sup>. En este artículo pretendo profundizar en el concepto que los propios medievales tenían de Europa, como concepto geográfico, comunidad religiosa y ente político.

## 2. FUSIÓN

La idea de Europa surgió de un proceso lento de maduración. Lo que hoy conocemos como Europa se originó a partir de tres civilizaciones de la Antigüedad: Jerusalén, Atenas y Roma. Estas tres civilizaciones dieron un fundamento muy sólido a Europa. La primera de ellas, *Jerusalén*, proporciona a Europa la idea del monoteísmo, y de un Dios que propone un código moral, algo que no era compartido por muchas de las grandes civilizaciones de su alrededor, como Persia, Egipto y Grecia. El reconocimiento de un solo Dios providente propició el reconocimiento de la dignidad humana, un valor que se insertó profundamente en la conciencia europea y que después se expandió a muchas otras partes del mundo.

La segunda cultura fundante de Europa es *Atenas*. La cultura griega se extendió por buena parte del Mediterráneo con la expansión alejandrina, tomando el nombre de civilización helenística. Ella legó a Europa el sentido de racionalización que ha gobernado toda su existencia. Pero su influjo no sólo se limitó al ámbito del conocimiento, sino también al del sentido estético. Nada refleja mejor este nuevo modo de mirar el mundo que el

1 Dawson, 2009.

2 Barlett, 1993.

3 Judt, 2006: 1141.

4 El estudio más detallado es el de Oschema, 2023.

Partenón, donde contenido y forma se funden maravillosamente, tal como lo describe Ernst Gombrich, haciendo referencia a los bellos edificios de la antigua Atenas<sup>5</sup>.

Finalmente, la tercera de las civilizaciones fundantes de Europa es Roma. Ella proporciona a Europa un sentido de lo jurídico que ninguna de las restantes civilizaciones, tanto antiguas como medievales y modernas, serán capaces de preservar, asimilar, consolidar y hacer fructificar. Roma es sinónimo de expansión, planificación, imperio, dominio y racionalización. Pero ninguno de los valores es tan específico y duradero, y ha sido capaz de dotar de una enorme especificidad a Europa –y posteriormente a toda la civilización occidental– como la mentalidad jurídica.

Una primera idea que surge de este triple origen de Europa es su capacidad de fusionar y asimilar las culturas precedentes, lo que implica también su origen multiétnico, multicultural y multirreligioso – una realidad, presente en su ADN original, que debería ser tomada en cuenta a la hora de afrontar las políticas migratorias de la actualidad<sup>6</sup>.

Cada una de estas tres civilizaciones tuvo una evolución y transformación particular. El destino de Jerusalén quedó definitivamente sellado por la destrucción del Templo de Jerusalén en el año 70, y la consecuente *diáspora*. Esta dispersión generará, paradójicamente, una presencia permanente de la semilla judía en Europa y Occidente. Gracias al legado cultural de Atenas, más que el religioso (Jerusalén) o el político-militar (Roma), le dotarán de un influjo más duradero y tangible. Por fin, la decadencia y caída de Roma parecieron hacerla desaparecer definitivamente. Pero su recuerdo –la mitificación de la idea del “Imperio”, la preservación de su idioma, la preservación de su estructura organizativa y la glosa de su obra jurídica– restará imborrable en Europa.

A principios del siglo IV se producen dos procesos que están en la base de la creación de la idea de Europa en la Edad Media. Por un lado, se establece definitivamente la división del Imperio entre un Oriente bizantino, ortodoxo, cultural y lingüísticamente griego –que después se mostrará además étnicamente eslavo– y un Occidente romano y católico, cultural y lingüísticamente latino – que después se mostrará étnicamente latino y germánico. Por otro lado, la legalización del cristianismo implicó su expansión por todo el Imperio y –decisivamente– su presencia en las instituciones y el debate público en el continente europeo<sup>7</sup>.

La distinción entre Oriente y Occidente no dejó de crecer y consolidarse a partir de entonces. De hecho, esta división civilizatoria se prolongó hasta la división actual entre Occidente y Rusia, que heredó a su vez el mundo griego-helenístico, de tradición bizantina y ortodoxa. Esta escisión tuvo su manifestación más dramática y tensa con la guerra fría de la segunda mitad del siglo veinte y se proyecta en la actualidad en los bandos formados entorno a la guerra de Ucrania.

La expansión del cristianismo, por su parte, tiene la particularidad de incidir sobre las culturas previas, en lugar de desplazarlas culturalmente –como sucede en el caso del Islam– o de politizarlas, como sucede con la ortodoxia griega. Europa quedó impregnada de tal modo del cristianismo durante la Edad Media, que a principios de la Edad Moderna príncipes tan relevantes como Carlos V aspiraban a expandir por todo el orbe la *Unviersitas Christiana*.

¿Cómo se verificó en Europa la asimilación entre la religión predominante y sus tres civilizaciones originarias?

5 Gombrich, 1985: 49.

6 Aurell, 2017.

7 Holland, 2019; Ehrman, 2018; y Heather, 2023.

Con el mundo judío se estableció ciertamente una relación muy tensa desde el punto de vista vivencial, pero se preservaron sus principales valores – sobre todo, el monoteísmo y la aversión por el colectivismo más propio de Bizancio o del Islam.

Respecto al ámbito griego, Occidente valoró particularmente su capacidad racionalizadora. Llama la atención, por ejemplo, que los Santos Padres de la Antigüedad, que fueron los primeros sistematizadores de la doctrina cristiana, aprovecharan los conceptos de la filosofía griega-pagana –como “persona”, “naturaleza” y “esencia”– para explicar los nuevos complejos conceptos doctrinales que iban surgiendo, como la Trinidad y la figura de Jesucristo. Quizás hubiera sido más sencillo inventar unos nuevos, pero esta decisión marcó definitivamente una fe, como la cristiana, que “busca comprender”. Esto generará una tendencia –también exclusiva del Occidente cristiano, y por tanto de Europa– de hacer compatible la fe con la razón, que generará todo el movimiento escolástico medieval y contrastará con la tendencia al voluntarismo doctrinal y al autoritarismo político-espiritual de las otras confesiones o religiones.

En relación a la herencia romana, la asimilación fue más explícita, puesto que no exigió ni siquiera un esfuerzo de adaptación. La tradición europea es occidental, latina y católica desde sus orígenes, puesto que se siente heredera del mundo romano de Occidente. Esto le dotó de un sentido práctico de la existencia, de una capacidad organizadora y planificadora, y de una mentalidad jurídica, que ya no abandonaría. Más adelante, quien mejor asimiló esta tradición propiamente romana es Estados Unidos, que enfatiza todo su sentido práctico frente a una Europa que se ha vuelto más reflexiva y especulativa, replicando el modelo griego.

### 3. FRACTURA

La *fusión* originaria, analizada en el apartado anterior, dio lugar a la idea de Europa y de la civilización occidental, pero no estuvo exenta de dificultades. A partir del siglo IV, se empezaron a verificar algunas fracturas que dieron lugar a las otras dos grandes civilizaciones actuales, que parten del mismo tronco: Rusia y el Islam.

La fractura entre la parte oriental y occidental del imperio, a partir del siglo IV, verificó la primera ruptura entre un Mediterráneo griego y otro latino. Esta divergencia no dejó de incrementar desde entonces. Desde Constantino (siglo IV) a Carlomagno (siglos VIII y IX), la parte occidental del Imperio experimentó un encuentro latino-germánico del que surgió lo que hoy reconocemos como Europa. La progresiva conversión al cristianismo de los pueblos germánicos, así como la asimilación de los valores romanos, generaron una fusión de hecho entre ambas etnias (latinas y germánicas) en una cultura y una religión. Esto los distanció progresivamente de la tradición bizantina, de tradición cultural helenística y étnicamente griega y eslava, y nos sigue haciendo preguntar, hoy día, hasta qué punto esta fractura implicó que Rusia quedara fuera de Europa.

Rusia se ha debatido, durante siglos, entre el autismo que la separa del Viejo Continente y su identificación con él, sobre todo a través de la cultura francesa e ilustrada. Hoy día parece prevalecer la primera de las dos opciones, pero es preciso no olvidar las raíces comunes de ambos pulmones de Europa, para no perder la esperanza de una posible concordia futura. En este tránsito, la tradición bizantino-rusa perdió la conexión con la tradición jurídica romana (que ella misma había promocionado en tiempos de Justiniano), lo que la hizo pivotar hacia tendencias autoritarias y colectivistas. Esto la privó de la asimilación de las democracias liberales, y sus dirigentes más autoritarios –desde los zares a los presidentes de los Partidos Comunistas, hasta Putin– pudieron legitimar algunas acciones arbitrarias y, en muchos casos –como las deportaciones soviéticas– flagrantemente injustas.

La segunda gran fractura del Mediterráneo irrumpió en el siglo VII, con la emergencia del Islam. Se trató de una verdadera revolución no sólo de dimensión religiosa, sino también política y cultural. La primera expansión islámica fue fulgurante, puesto que en un siglo y medio logró expandirse por una gran cantidad de territorio y, sobre todo, reemplazar tradiciones culturales muy diversas, asociadas a sus respectivas etnias, desde los árabes fundacionales a los beduinos del norte de África, los persas y los hindús. No se había conocido nada igual desde la expansión del cristianismo por el Imperio romano.

El Islam mantiene el monoteísmo como fundamento de su religión, pero promueve una dominación del mundo religioso sobre lo cultural y lo político que, finalmente, se resuelve en una hegemonía de lo político sobre lo cultural y lo religioso. Hasta el siglo XIII, el cristianismo compartió con el Islam la idea de la guerra santa y, hasta cierto punto, la fusión entre política y religión. Pero Europa occidental empezó a partir de entonces a afirmarse en la necesidad de la racionalización de la fe, del sinsentido de las Cruzadas y, por tanto, de la separación entre el ámbito temporal y el espiritual. La empresa se mostró extraordinariamente costosa, puesto que el proceso duró, por lo menos, hasta el siglo XVII, con las guerras de religión, seguida de su colofón anticlerical ilustrado en el siglo XVIII. Estas diferentes actitudes de Occidente y el Islam ante el complejo problema de la tensión entre política y religión, se fueron consolidando al uno y otro lado del Mediterráneo, y marcan una escisión de mentalidades que llega hasta el día de hoy.

Tras las rupturas bizantinas e islámicas, Europa se germanizó definitivamente, pero mantuvo intacto el sustrato cultural grecolatino y religioso cristiano, y se empezó a auto-percibir en su diferencia con las otras dos civilizaciones. La imponente figura de Carlomagno aparece aquí como una de las claves para que esa especificación de Europa no sea simplemente “por diferencia” sino por la verificación de algunos valores que se habían ido imponiendo, casi imperceptiblemente: la asimilación del derecho romano en las peculiares legislaciones germánicas, la emergencia de una monarquía con tendencia al autoritarismo pero claramente separada de la jerarquía eclesiástica, y la profundización en la fe cristiana.

Entre los siglos VIII y XII, Europa se reconoció a sí misma más por oposición que por identidad. Con Bizancio, mantuvo unos vínculos muy estrechos hasta que el drama de la Cuarta Cruzada en 1204 rompió definitivamente los lazos. Con el Islam, el enfrentamiento ha sido permanente desde su emergencia.

#### 4. UNIFICACIÓN

Casi imperceptiblemente, esa “identidad por diferencia” se fue convirtiendo en “identidad por autoconocimiento”, gracias en buena medida al gran proyecto unificador y continental de Carlomagno. Sin ser todavía explícitamente reconocida, Europa occidental se fue dotando a sí misma de una identidad cuyas manifestaciones más visibles eran la consolidación de unas monarquías de base étnica y de una potestad papal que tenía alcance universal para las realidades espirituales. El proyecto imperial carolingio no tuvo, territorialmente, esa dimensión universal, porque estaba limitada por la plena autonomía jurisdiccional y política del resto de las monarquías. Pero implicó, simbólicamente, lo mismo. En su apelación a la tradición romana –*restauratio imperii*–, y en su *diferencia* respecto a la religión islámica en el sur y a las étnicas eslavas en el este, consiguió implicar en un mismo proyecto a las regiones más periféricas conocidas como las Marcas.

Este proceso de unificación política, y de reconocimiento de la autoridad universal del obispo de Roma, implicó tal transformación en Europa que muchos consideran a Carlomagno como el “padre de Europa”. Algunas de las publicaciones más relevantes y más influyentes de hoy día como la revista *The Economist* le dedican una sección en la que se tratan temas relacionados con el presente y el futuro de Europa. El concepto de Europa y, por tanto, la

forja de una “identidad” europea empezaron a cuajar con el proyecto carolingio. Esta puede ser ciertamente una visión más *a posteriori* que la realidad percibida en aquel momento. Pero la tendencia de la parte occidental de Europa a cobrar autoconciencia de unidad no paró de crecer desde entonces. Además, es tremendamente significativo y relevante que las primeras referencias a Europa como una unidad geográfica y cultural surgieron en este período.

Antes del siglo VIII, “Europa” todavía no se había convertido en una noción particularmente popular, ni en los textos historiográficos ni en ningún otro. El autor anónimo de la *Crónica Mozárabe* de 754 acuñó el término *Europenses* para referirse a la realidad plural del ejército de Carlos Martell, que se enfrentó a las tropas de Abd ar-Rahman en el año 732. Probablemente, el autor de la *Crónica* aunara con ese concepto a todos los soldados provenientes de las regiones septentrionales, más allá de los Pirineos y de Sicilia, que marcaban la frontera con el Islam.

Pero, ya a finales de ese mismo siglo, en pleno período carolingio, la noción de Europa empieza a utilizarse con profusión. El ejemplo más destacado es la *Epopéya de Paderborn*, que narra el encuentro entre Carlomagno y el Papa León III en Paderborn en 799. La historia es bien conocida. Atacado y mutilado por sus rivales en Roma, León huyó al rey de los francos para pedir su apoyo. El emperador se lo prestó, y su posterior campaña por Italia culminó con su coronación como emperador romano en la Navidad del 800: el emperador cedió al Papa parte de su capital material, y el Papa cedió al emperador parte de su capital simbólico. En la *Epopéya de Paderborn*, los acontecimientos precedentes se describen en detalle y con abundantes términos laudatorios, y el narrador se refiere a Europa en varias ocasiones, habitualmente en referencia al emperador. Carlomagno es el “faro que ilumina Europa con su luz” (*Europae quo celsa pharus cum luce coruscat*), y el “venerable ápice de Europa” (*Europae venerandus apex*). Finalmente, en la referencia más célebre, es reconocido como “padre de Europa” (*pater Europae*). Sin embargo, esta noción de Carlomagno como ‘padre de Europa’, que se ha divulgado hasta el día de hoy, no encontró demasiado eco durante la Edad Media. Ademar de Chabannes, escribiendo hacia 1030, retomó la expresión “padre” aplicada a Carlomagno, pero la expandió al mundo entero: “Padre del mundo entero” (*Pater orbis*)<sup>8</sup>.

Después de la caída del imperio carolingio, Europa parece perder vigor, y sufre incluso la amenaza de ser engullida por el enorme empuje islámico o la propia desintegración. Pero los principados territoriales se van consolidando. Cada uno conserva su independencia –señorial o feudal– y todos ellos se sienten comprometidos en la defensa de una misma autoridad universal para las cuestiones espirituales –en la figura del obispo de Roma– y respetan el proyecto legitimador de la continuidad del Sacro Imperio Romano-Germánico. Tanto el Papa como el emperador han perdido vigor, y su respectiva potestad universal es completamente desproporcionada y anacrónica con respecto a la realidad del momento, pero al mismo tiempo son como dos antorchas que siguen arrojando luz a una civilización que se tambalea.

De hecho, poco después de la caída de Carlomagno, el célebre Einhard, el biógrafo más conocido de Carlomagno, no utilizó el término *Europa* en su *Vita Karoli Magni*. Esto implica que ni Carlomagno ni sus colaboradores más cercanos percibían su imperio en términos europeos, tal como lo concebimos hoy día. Hubo que esperar a unas décadas después de la muerte del emperador en 814 para que surgieran una serie de poemas panegíricos haciendo referencia a la idea de Europa para alabar al emperador y a algunos reyes contemporáneos. En un poema dirigido a Luis el Piadoso, único hijo superviviente

<sup>8</sup> Para las citas contenidas en este párrafo, ver Oschema, 2023: 36.

de Carlomagno, Teodulfo de Orleans afirmaba que Dios había otorgado a Luis el Piadoso el gobierno de los “reinos de Europa” (*Europae regna*). Poco más tarde, Ardo Smaragdus escribió en su *Vita Benedicti* que Luis, convertido en emperador, presidía ahora “toda la iglesia de Europa” (*totius ecclesia Europae*). Para Sedulius Scottus, que escribía hacia 850, Carlomagno había sido el “Señor de Europa” (*Europae princeps*)<sup>9</sup>. Estos pasajes demuestran que los intelectuales de la época tenían una cierta idea de Europa y que el nombre del continente podía utilizarse para ensalzar la relevancia de la autoridad de un gobernante. Pero no implicaba ni un título oficial –como sí existía en todos los demás condados, ducados, principados y reinos europeos– ni una demarcación definida.

Esto demuestra que la idea de Europa, como tal, aunque no plenamente configurada, no desapareció tras la muerte de Carlomagno. Pero estaba todavía totalmente desdibujada. El gran altomedievalista alemán Timothy Reuter comentaba con ironía que Europa no era más que “mi patio trasero y cualquier otro lugar que cuente”<sup>10</sup>. Sin embargo, las fuentes no dejan de mencionar explícitamente a Europa. Widukind de Corvey elogió al rey Enrique I como “Señor del Mundo y el más grande de los reyes de Europa”<sup>11</sup>. También se refirió a Otón I como liberador de “casi toda Europa” de los húngaros<sup>12</sup> y a Otón II, que se había hecho tan poderoso que ni Alemania, ni Italia, ni Francia y ni siquiera toda Europa podían contener su poder<sup>13</sup>. Estas referencias no nos dicen todavía mucho respecto al contenido específico que el concepto ‘Europa’ tenía en estos momentos, pero es obvio también que, tanto por la indeterminación de su alcance como por su connotación positiva, era un concepto adecuado para asignarlo a una alabanza de un determinada gobernante, especialmente si éste se hallaba en la zona franco-germánica. De hecho, algunos autores como Jürgen Fischer han limitado la idea de Europa mencionada por los cronistas del siglo X a Germania<sup>14</sup>.

## 5. ESPECIFICACIÓN

A partir del siglo XI, el concepto parece recuperar su dimensión más geográficamente explicitada, además de la políticamente abstracta. Los *Anales Mayores* de San Galo (*Annales Sangallenses maiores*), por ejemplo, mencionan una importante sequía que afectó a “todos los ríos de Europa” en 1001. Hacia 1070, Adam de Bremen no sólo explica que Carlomagno había sometido todos los reinos de Europa a su dominio, sino que también llega a describir la ciudad eslava de Lumne como la mayor ciudad de “Europa”<sup>15</sup>.

Junto a los cronistas, los teólogos empiezan también a utilizar el concepto Europa para significar algo más que un espacio geográfico. Algunos de ellos recuperan la vieja idea, diseñada por Beda el Venerable en el siglo VIII sobre la triple procedencia (Asia, África, Europa) de los reyes magos. Esta figura la retoman autores como Bruno de Segni (1047-1123) y Ruperto de Deutz (1075-1129), que además son casi contemporáneos y forman parte ya de la renovación intelectual de principios del siglo XII en Europa<sup>16</sup>. Otros teólogos recuperan también la vieja idea expuesta por Walafredo Estrabón en el siglo IX sobre el paso de San Pablo de “Asia” a “Europa” – cuando en la narración de los Hechos

9 Oschema, 2023: 37.

10 Reuter, 1992: 178

11 Widukind, 1949, libro 1, cap. 41.

12 Widukind, 1949, libro 1, cap. 19.

13 Widukind, 1949, libro 1, cap. 34.

14 Fischer, 1957: 107-112.

15 Oschema, 2013: 166

16 Haskins, 1971.

de los Apóstoles, capítulo 16, en realidad se cuenta que Pablo se trasladó a “Macedonia”, no a “Europa”.

El uso de las escrituras para recuperar la idea de Europa se verifica también a través de Pedro el Venerable, que afirmaba que la Iglesia latina había recibido el Evangelio de San Pedro y la griega de San Pablo. Europa, en cambio, había recibido esa tradición por concurso de los dos apóstoles, lo que le otorgaba una preeminencia sobre las iglesias antiguas. En el siglo XIII, Jacques de Voragine utiliza el nombre de Europa sólo una vez en su divulgadísima *Legenda aurea* (hacia 1265), para explicar por qué San Pedro tenía tres fiestas en el año eclesiástico, ya que desempeñó un papel universal al haber actuado como obispo en Asia, Europa y África.

El tercer uso “teológico”, basado en las Escrituras, del concepto de Europa proviene del benedictino Pascasio Radberto, quien, a mediados del siglo IX, sostenía que la elección de los tres apóstoles en la transfiguración de Jesús –Pedro, Santiago y Juan– explicaba que la redención por medio de Cristo no se limitaba a Asia, sino que se extendía a África y Europa. A partir ese momento, muchos símbolos bíblicos se explicaron como símbolos de la vocación universal de la Iglesia que existía en las tres partes del mundo.

A partir del siglo XIII, las referencias a Europa, tanto como categoría geográfica como comunidad cultural, se multiplican, como lo atestiguan autores enciclopédicos como Bartolomeo Angélico (*De proprietatibus rerum*) y Vicente de Beauvais (*Speculum Historiale*), quienes realizan diferentes interpretaciones del viejo mito antiguo de Europa. La proliferación de estudios teológicos, y a través de ellos los estudios científico-geográficos, beneficia también la expansión del concepto. Por ejemplo, Alberto Magno, a mediados del siglo XIII, distingue los cuatro puntos cardinales, entre los que incorpora a Europa como “la tercera parte del mundo”<sup>17</sup>.

Por fin, junto a estas referencias más conceptuales, también se consolidan definitivamente los referentes geográficos. Guillermo de Conches escribe en su *Dragmaticon Philosophiae* una imagen que recuerda a aquella otra de la *Geografía* de Estrabón en la Antigüedad: “Europa termina al este en el Don, al sur en el Mediterráneo, al oeste en el Atlántico y al norte en la zona frígida”. Honorio de Autún, por su parte, identificó el inicio de la frontera septentrional de Europa en los montes Rifei, y los expandió hasta el Mar Negro. Esta imagen se confirma en numerosos textos y mapas a partir de la Edad Media Central<sup>18</sup>.

Finalmente, la ficción legendaria se unió a la cronística, la teología y la geografía para acabar de configurar la idea de Europa en la Edad Media. La leyenda del rey Arturo constituyó una fuente muy influyente de referencias del concepto “Europa”. Durante la primera mitad del siglo XII, Godofredo de Monmouth se refiere a Europa como ámbito de expansión natural del rey Arturo. También cabe destacar la función de las sagas escandinavas para la constitución de un espacio europeo, al que los pueblos nórdicos se incorporaron tardía pero eficazmente. En este sentido, son relevantes las obras de Snorri Sturluson, tanto en su dimensión historiográfica (*Heimskringla*) como legendaria (*Edda Menor*), que constituyen una compilación de las tradicionales “sagas” que se habían ido transmitiendo, durante los siglos anteriores, y remiten al esencial mito de los orígenes.

La idea del “dominio de Europa” por parte de los soberanos fue retomada por autores tan influyentes y relevantes como Roberto de Gloucester, en el siglo XIII por Mateo de París y, ya en el siglo XIV, por Jean de Wavrin. Es notable que todos ellos fueran ingleses, algo

17 Oschema, 2023: 54.

18 Ibídem: 60.

natural en el caso de la referencia a Arturo, pero más significativo si tenemos en cuenta que por “Europa” esos autores podrían estar refiriéndose al ‘continente’ europeo.

## 6. CONSOLIDACIÓN

Las referencias a “Europa” en todos estos ámbitos de conocimiento y culturales –cronísticos, teológicos y geográficos– demuestra que el concepto “Europa” se había convertido en un término multisemántico, y todavía poco específico, pero con la suficiente notoriedad como para ser la base del concepto que hoy conocemos. A partir del siglo XIII la autoconciencia de una región unida más allá de las monarquías “nacionales” en Europa, se reafirma en buena por contraposición a otras sociedades étnica y religiosamente diversas como la sarracena, la mongol y la turca.

La Península Ibérica es un lugar privilegiado para la observación de las actitudes europeas frente al Islam. El cronista Rodrigo Jiménez de Rada, arzobispo de Toledo desde 1209, cuenta en su *Historia de Rebus Hispaniae* que el rey Alfonso VIII había reunido su armada para combatir en la batalla de las Navas de Tolosa (1212). Hombres de “casi toda Europa” se le unieron en la lucha contra los sarracenos. Pero muchos de estos “extranjeros” (gens *alienigena*) huyeron, abandonando a los españoles. Rodrigo pretende enfatizar que la contienda frente a los sarracenos fue liderada especialmente por los “españoles”, a quienes distingue de los restantes pueblos europeos, a los que considera como “extranjeros”. Pero al mismo tiempo es obvio que pretende contraponer a los “europeos” frente a los “sarracenos”, por lo que los primeros son más cercanos a los peninsulares<sup>19</sup>.

El segundo gran grupo de contraposición de los europeos son los mongoles, que habían tenido una intervención fulgurante en Centroeuropa desde mediados del siglo XIII, liderados por el mítico Gengis Kan. Hacia 1250, el rey Bela IV de Hungría (1235-1270) envía una carta al papa Inocencio IV (1243-1254) para pedirle apoyo para reunir más ayuda de los “Príncipes Cristianos de Europa” en su lucha a vida o muerte contra los mongoles. Mientras los “tártaros” estaban amenazando las fronteras de su reino, ninguno de esos príncipes cristianos acudió en su ayuda, incluso bajo la consideración que la caída de su reino traería consigo incluso mayores peligros para los “habitantes de Europa” (*Europa habitatoribus*) que la caída de Constantinopla, o incluso la pérdida de Tierra Santa<sup>20</sup>.

Algo más tardíamente que sarracenos y mongoles, hacia el siglo XIV, el empuje de los otomanos empuje atenazó las regiones del Este del Bósforo, convirtiéndose el mayor peligro para la cristiandad latina. En la batalla de Nicopolis (1396), su amenaza se hizo todavía más evidente, al vencer a una coalición de franceses, venecianos, alemanes y húngaros bajo el liderazgo del rey Segismundo de Hungría<sup>21</sup>. La derrota despertó la indignación de muchos de los intelectuales europeos del momento. El moralista, político y clérigo Felipe de Mézières dirigió una carta al duque Felipe II de Borgoña en la que deploraba el revés que habían sufrido los cristianos de Europa, subrayando que los turcos ya habían conquistado grandes partes de tierras cristianas, “especialmente en Europa”. Como Felipe temía que los infieles quisieran conquistar el resto del continente, convocaba una nueva cruzada para recuperar las partes perdidas de Europa y, después, de Armenia y Siria<sup>22</sup>.

Hay otros testimonios elocuentes que confirman que, hacia el siglo XIV, el concepto estaba ya plenamente establecido, por lo menos entre las élites intelectuales. Dante, por

19 Jiménez de Rada, 1989, libro 8, capítulo 4.

20 Oschema, 2023: 76. Ver también Jackson, 2005 y Ruostsala, 2001.

21 Atiya, 1934.

22 Oschema, 2017: 27-50.

ejemplo, contrasta a los europeos (“la gente que habita Europa”, *Europam colentes*) con los asiáticos y africanos<sup>23</sup>. Ya en la segunda mitad del siglo XIV Nicolás de Oresme, otro escritor célebre del momento, conocido sobre todo por sus tratados sobre la moneda, hay que afirmar que “estamos en Europa”. En sus célebres compilaciones de viajes, Juan de Mandeville se refiere asimismo a “Europa, donde ahora estamos”<sup>24</sup>. Ya a finales del siglo XV, el monje suizo Albrecht von Bonstetten elabora una introducción geográfica en su *Descripción de la Confederación Suiza*, en la que afirma que los territorios de la Confederación ocupan “el corazón de Europa”<sup>25</sup>. A partir del siglo XV, el término “Europa” ya es utilizado con una mayor profusión por los humanistas, como es el caso de Eneas Silvo, Lampo Birago y Lorenzo Valla, quien argüía que las ideas entorno a la grandeza de Roma y el valor del latín habían sido preservados y vigorizados en Europa.

## 7. CONCLUSIONES

Un concepto originado durante la alta Edad Media simplemente como “diferencia” con respecto a las otras dos grandes culturas y civilizaciones vecinas –la ortodoxia y el islam– termina adaptando un significado específico, más cercano al comúnmente compartido por los europeos en la actualidad. En la edad moderna, especialmente gracias a la expansión de las grandes potencias europeas, el concepto “Europa” terminó de adquirir el significado que le atribuimos en la actualidad.

Este artículo se detiene en los albores de la modernidad, en el que la constitución de las nuevas monarquías dotaría a Europa de un vigor expansivo enorme, que precisamente favorecería la consolidación del concepto de “Europa” que hemos analizado en este artículo, ante la constatación de las diferencias con otras civilizaciones como las Mesoamericanas y asiáticas.

Tal como he analizado en este artículo, el concepto “Europa” surge de una peculiar interacción entre el significante “Europa”, que surge de la mitología griega, y su significado, que es fruto de una evolución compleja y secular, desde los momentos de fractura mediterránea de la época tardoantigua a la consolidación de la idea de la *universitas christiana* bajomedieval. Es obvio que, en esta formación de una identidad común, ha tenido mucho que ver la constatación de una *diferencia*. Esto ha contribuido a una cierta debilidad identitaria de Europa, que habría formado su comunidad basado en el reconocimiento de una diversidad con otras civilizaciones, más que por la vivencia de unos valores comunes, tal como ha puesto de manifiesto Josep Fontana en su libro *Europa ante el Espejo* (2013). Esto remite a antiguos debates historiográficos, llenos de vigor en su momento, pero ya algo anacrónicos en la actualidad, entre los que destacaron las tesis de Henri Pirenne sobre la fractura entre el imperio carolingio y Occidente –más que entre la tradición romano-latina y los pueblos germánicos– y el proyecto estructuralista de Fernand Braudel. Hoy día pesan más los debates identitarios, que se fundamentan en la idea de la *diferencia* de Jacques Derrida y la consideración del *otro* como fundamento de la propia identidad, tal como los trabajos de Flocel Sabaté y Jaume Aurell han enfatizado<sup>26</sup>.

Más allá de los grandes debates historiográficos que la “idea” de Europa ha suscitado y sigue suscitando en la actualidad –tanto en el ámbito estrictamente historiográfico-académico como el del debate público– en este artículo me ha interesado sobre todo

23 Dante, 2006, libro 3, capítulo 14.

24 Mandeville, 2000.

25 Schmid, 2010.

26 Aurell, 2006; Aurell, 2021; Sabaté, 2021.

enfatar la progresiva convergencia entre el “significante-Europa”, que surgió en un contexto mitológico de la Grecia antigua, y el “significado-Europa”, que se ha ido forjando a través de los siglos. La época bajomedieval fue testigo de una progresiva adecuación entre un significante que tenía al principio connotaciones legendarias, y después quedó restringido a lo geográfico, para ir generando con el tiempo la idea y el concepto de Europa en el que nos sentimos reconocidos tanto “ad intra” desde el propio espacio europeo, como “desde fuera” del propio espacio europeo. Esto no son cuestiones arqueológicas, encerradas en un hermetismo academicista, sino que tienen repercusiones en la esfera pública de la actualidad, atendiendo al progresivo enconamiento del debate identitario de las diferentes civilizaciones.

## BIBLIOGRAFÍA

- ATIYA, A. (1934): *The Crusade of Nicopolis*, Londres, Methuen.
- AURELL, J. (2006): “Memória, història i identitat: el debat teòric”, *Idees. Revista de temes contemporanis*, 28/29, 65-79.
- (2017): *Genealogía de Occidente*, Barcelona, Pensódromo.
- (2021): “Identity as a Historiographical Concept”, en F. Sabaté (ed.), *Identity in Middle Ages. Approaches from Southwestern Europe*, Leeds, ARC Humanities Press, 55-66.
- BARLETT, M. (1993): *The Making of Europe: Conquest, Colonization and Cultural Change, 950-1350*, Londres, Allen Lane.
- DANTE (2006): *De Monarchia*, Buenos Aires, Losada.
- DAWSON, C. (2009): *Understanding Europe*, Washington, The Catholic University of America Press.
- EHRMAN, B. (2018): *The Triumph of Christianity: How a Forbidden Religion Swept the World*, Londres, Simon & Schuster.
- FISCHER, J. (1957): *Oriens, Occidens, Europa*, Wiesbaden, Franz Steiner.
- GOMBRICH, E. (1985): *A Little History of the World*, New Haven, Yale University Press.
- HASKINS, C. H. (1971): *The Renaissance of the Twelfth Century*, Cambridge, Harvard University Press.
- HOLLAND, T. (2017): *Dominion: How the Christian Revolution Remade the World*, Londres, Basic Books.
- HEATHER, P. (2023): *Christendom: The Triumph of a Religion, AD 300-1300*, Nueva York, Knopf.
- JACKSON, P. (2005): *The Mongols and the West, 1221-1410*, Harlow, Pearson Longman.
- JIMÉNEZ DE RADA, R. (1989): *Historia de Rebus Hispaniae*, editado por Juan Fernández Valverde, *Historia de los hechos de España*, Madrid, Alianza Editorial.
- JUDT, T. (2006): *Posguerra: Una historia de Europa desde 1945*, Madrid, Taurus.
- MANDEVILLE, Jean de (2000): *Le livre des merveilles du monde*, editado por C. Deluz, París, CNRS.
- OSCHEMA, K. (2013): *Bilder von Europa im Mittelalter*, Heidelberg, (Tesis Doctoral).
- (2017): “De l’universalisme périmé au refuge de la chrétienté: l’Europe de Philippe de Mézières”, en J. Blanchard y R. Blumenfeld-Kosinski (eds.), *Philippe de Mézières et l’Europe: Nouvelle histoire, nouveaux espaces, nouveaux langages*, Génova, Droz, 27-50.
- (2023): *‘Europe’ in the Middle Ages*, Amsterdam, Arc Humanities Press.
- REUTER, T. (1992): “Medieval Ideas of Europe and their Modern Historians”, *History Workshop*, 33, 176–180.

- RUOTSALA, A. (2001): *Europeans and Mongols in the Middle of the Thirteenth Century*, Helsinki, Finnish Academy of Science and Letters.
- SABATÉ, F. (2021): *Identity in Middle Ages. Approaches from Southwestern Europe*, Leeds, ARC Humanities Press.
- SCHMID, R. (2010): "Albrech of Bonstetten", en G. Dunphy y C. Bratu (ed.). *Encyclopedia of the Medieval Chronicle*, Leiden, Brill.
- WIDUKIND DE CORVEY (1949): *Deeds of the Saxons*, editado por R.F. Wood, Los Ángeles, (Tesis Doctoral).